

Autoetnografía de un viaje personal y conceptual: del *Sharing Economy* al capitalismo de plataformas

Víctor Riesgo Gómez
Universidad de Salamanca ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/stra.96665>

Recibido: 09-06-2024

Resumen: El texto que se presenta a continuación surge en respuesta a la iniciativa de intentar explicar, desde una perspectiva personal, alguno de los aspectos importantes que influyen el proceso de producción de una tesis doctoral. Sirviéndome del género de la autoetnografía para su redacción, se explican algunos de los cambios experimentados, tanto a nivel personal como desde un punto de vista conceptual, a lo largo del propio transcurso de la investigación que da lugar en último término a la tesis doctoral. Esto se hace desde la mirada privilegiada que otorga el paso del tiempo, así como el cumplimiento de alguno de los objetivos que inicialmente ni siquiera se contemplaban como factibles. Aunque no se mencionan con nombre y apellidos, este es un proceso en el que influyen una gran cantidad de personas, desde profesores y profesoras que son también amigos y amigas en la actualidad, hasta compañeros y compañeras de las que se va aprendiendo por el camino, además de los apoyos de fuera de la academia que resultan fundamentales. Es por ello por lo que se puede considerar que la tesis es un proceso social que se encarna de manera puntual en la persona que la firma. Un poco de todo esto es lo que se trata de explicar en las siguientes líneas.

Palabras clave: Autoetnografía; Sharing Economy; Capitalismo de Plataforma.

ENG Autoethnography of a personal and conceptual trip: from the *Sharing Economy* to platform capitalism

Abstract: The following text is a response to the initiative to try to explain, from a personal perspective, some of the important aspects that influence the process of producing a doctoral thesis. Using the genre of autoethnography for its writing, it explains some of the changes experienced, both on a personal level and from a conceptual point of view, throughout the course of the research that ultimately leads to the doctoral thesis. This is done from the privileged vantage point afforded by the passage of time, as well as the fulfilment of some of the objectives that were not even initially contemplated as feasible. Although they are not mentioned by name and surname, this is a process that is influenced by a large number of people, from professors who are also friends today, to colleagues from whom one learns along the way, as well as support from outside the academy, which is fundamental. This is why the thesis can be considered a social process that is embodied in a specific way in the person who signs it. A little of all this is what we will try to explain in the following lines.

Keywords: Autoethnography; Sharing Economy; Platform Capitalism

Sumario: 1. Un intruso de clase en la universidad. 2. *Sharing economy*, capital social y confianza. 3. El trabajo de campo y la realidad de referencia como entidad irreductible ante la planificación. 4. De cómo se completó el giro temático definitivo a mi investigación. 5. Las virtudes del capitalismo de plataforma y la teoría del proceso laboral para entender la situación del trabajo de plataforma en compañías como Uber. 6. Conclusiones.

Cómo citar: Riesgo Gómez, V. (2024). Autoetnografía de un viaje personal y conceptual: del *Sharing Economy* al capitalismo de plataformas. *Sociología del Trabajo* 103, 51-60

1. Un intruso de clase en la universidad

Cuando comienzo a redactar estas líneas, primavera de 2024, ya se atisba el final de mi primer semestre como profesor de sociología en la Universidad de Salamanca. Ejercí esta posición gracias a que ya cuento

con el título de doctor, además de a la creación de una nueva figura precaria, profesor sustituto, desarrollada en la última legislación aplicable al sistema universitario. Una ley que, supuestamente, venía a poner fin a una precariedad estructural característica de la universidad española, en aumento desde al menos hace veinticinco años, si no más. Sería demasiado largo de explicar, además de carente de interés, el conjunto de circunstancias que subyacen detrás de las decisiones que ayudan a entender cómo alguien como yo, partiendo de una posición de trabajador manual con baja cualificación profesional, y con una trayectoria laboral característica de este lugar en la estructura social, acaba convertido en un intruso de clase en la universidad, nutriendo ese creciente cuerpo de obreros de la tiza y el PowerPoint, si se admite la categoría, que lleva un tiempo repoblando el sistema universitario español a bajo coste, gracias a explotar figuras como (falsos) asociados y sustitutos.

Echando la vista atrás es posible localizar varios hitos que ayudan a explicar esta condición actual. El primero de ellos lo podemos situar en torno al año 2010, entonces, sin todavía concebir la posibilidad de encaminar mis pasos al interior de la academia, decido dar salida a una idea, hasta entonces eternamente aplazada, consistente en estudiar sociología. Con la dificultad añadida de hacerlo viviendo alejado de una gran ciudad y sin poder darme el lujo de dejar de trabajar, imperativo ineludible de las personas que formamos parte de la clase obrera, en sentido amplio y que, por tanto, necesitamos vender nuestra fuerza de trabajo para poder sobrevivir.

Para cumplir todos los requisitos la única opción viable y asequible pasaba por formalizar la matrícula a través de la UNED, insisto en que entonces sin más aspiraciones que el hecho de estudiar por estudiar, tratando de disfrutar todo lo posible del aprendizaje de una disciplina que siempre me había generado interés. Cuando uno empieza a andar un camino relativamente largo, por mucho intento de planificar todos los pasos, tanto el destino final como la influencia de la trayectoria sobre el mismo caminante se vuelven inciertos y, en cierto modo impredecibles. Entonces disfrutaba estudiando, tanto que terminó por convertirse en mi principal actividad, aparte de la laboral, tomándome cada vez más tiempo dedicado a leer y debatir, con compañeros y en mi interior, con clásicos y contemporáneos, de Emile Durkheim y Karl Marx a Pierre Bourdieu, de Margaret Mead y Rosa Luxemburgo a Saskia Sassen.

Si bien, es posible plantear que el cambio pueda ser en realidad una constante que en buena medida opera de manera latente y continua, casi al margen de nuestro control (Sztompka, 2012), esto no impide señalar determinados momentos puntuales en nuestra biografía personal en los que confluyen varios acontecimientos, haciendo ese cambio mucho más patente. Así, en términos dialécticos, cabe plantear que las contradicciones se van acumulando de manera silenciosa, progresiva, sin dar señales de su presencia, hasta llegar a un punto en el que afloran, brotando incontroladamente, provocando que sus efectos sean tan evidentes que la situación en la que uno se encuentra sea completamente diferente a aquella en la que el proceso comenzó.

Esto permite identificar otro hito en esta trayectoria descrita, un cruce de caminos en el que se hizo necesario tomar una decisión entre las opciones de la continuidad y el giro de timón. Concretamente en el año 2019 se manifiesta una de las consecuencias de esas decisiones, obligándome a elegir. La disyuntiva se plantea a resultas de ser seleccionado para poder disfrutar de un contrato de investigación predoctoral en mi universidad. Un contrato laboral, con todos los derechos garantizados que cabe esperar de tal condición, concebido para desarrollar una investigación que había de culminar con la presentación y defensa de la tesis doctoral. Esta opción, a primera vista atractiva, implicaba a su vez renunciar a mi anterior situación profesional para pasar a centrar todos mis esfuerzos en la nueva actividad. Inevitablemente una cierta sensación de incertidumbre y vértigo me atravesaba en aquellos momentos. Hay que tener en cuenta que entonces ya superaba los cuarenta años y esto implicaba algo similar a volver a empezar, asumiendo un destino especialmente incierto en cuanto a sus resultados en los tiempos actuales, dominados por la precariedad que ha venido también a invadir e instalarse en el mismo centro de la vida académica (Noll, 2019).

Por un lado, obtener el título de doctor es condición para poder acceder al espacio, entonces idealizado, de la universidad como docente de pleno derecho. Por otro lado, había que valorar la particularidad de mi propio caso, hacerlo a una edad completamente atípica, en un momento de la vida en el que los estándares al uso sobre la trayectoria laboral dictan que ya tendría que haber conseguido acumular una experiencia consolidada en algún tipo de actividad en la que estuviese definitivamente estabilizado. Al menos esto se desprende a partir de la teoría estándar sobre el concepto de "carrera profesional", utilizado por Becker (2009) en su clásica explicación del camino hacia la desviación de la norma.

Frente a ese modelo secuencial ideal, articulado a través de decisiones encaminadas a obtener una posición económica y laboral cada vez más desahogada y estable, mi elección se inclinó por asumir el riesgo de dar un giro radical, no sin cierta imprudencia, hacia un destino desconocido. Quizá algo que podríamos denominar como una vocación oculta, o frustrada, forjada seguramente como resultado de una cierta idealización irreflexiva, actuaba como resorte sobre el que sostener esta decisión.

Si bien, es necesario reconocer que este salto no puede ser calificado totalmente como un salto al vacío, pues ser beneficiario de un contrato de investigación venía a proporcionar un soporte material temporal, la red para el salto, garantizando una cierta estabilidad para una primera etapa que iba a durar al menos cuatro años durante los que iba a percibir un salario. A mí mismo me decía que más adelante ya se vería, pero que esa era una oportunidad que quizá no debería dejar pasar. La suerte estaba echada.

También hay que reconocer que no estaba solo en el proceso, además de contar con la guía de un director y una directora de tesis, en el seno de la facultad tuve la suerte de encontrar un pequeño grupo de doctorandos que iban a suponer un apoyo fundamental. Pero el objetivo de este texto no es tanto narrar el proceso personal de descubrimiento de todos esos intersticios entre los tediosos procesos burocráticos

formales y aquellos otros más informales, regidos por la costumbre y la tradición, que estructuran y dan forma a la propia universidad.

Las líneas anteriores tan solo persiguen tratar de aportar suficientes elementos de juicio acerca de la situación contextual para entender mejor el otro tránsito que se pretende detallar en este texto. Un texto cuyo objetivo principal es describir el proceso por el cual el trabajo de campo viene a transformar los conceptos a priori con los que alguien novato, que lleva a cabo investigación social, se intenta orientar en esa complejidad de lo social que pretende abordar. Por ello, situar al lector en un contexto determinado, aquel en el que este entonces imprudente doctorando se encontraba, debe servir para poder entender mejor la interrelación entre los procesos personales y el resultado del trabajo de campo, así como su influencia sobre las decisiones que determinan posteriores formas de actuar en la búsqueda de estar en condiciones de establecer un enfoque útil para hacer crecer la investigación.

2. *Sharing economy*, capital social y confianza

Uno de los requerimientos formales para poder obtener el contrato de investigación que diera soporte material al desarrollo de la misma pasaba por elaborar un texto que expusiera las premisas de partida de la propia investigación, así como detallar el itinerario que debía seguirse. Es el típico documento burocrático pensado partiendo de la premisa de que la investigación sobre la vida social se puede atrapar en una cuadrícula confeccionada mediante el trazado de trayectorias rectilíneas y etapas incrementales, algo ciertamente bastante alejado de la experiencia real de una investigación de tipo inductivo como la que se proponía.

El texto elaborado en su momento para ese fin trataba de articular una base teórica a partir del uso de tres conceptos interrelacionados: *sharing economy*¹, capital social y confianza. Con el primero de ellos se trataba de encuadrar lo que entonces parecía que iba a ser el tema central sobre el que inicialmente iba a versar la tesis. El concepto ya había comenzado a perder esa cierta popularidad obtenida en la primera mitad de la década de dos mil diez, especialmente tras la publicación de la obra *What's Mine Is Yours: The Rise of Collaborative Consumption* (Botsman y Rogers, 2010) en la que se presentaba todo un argumentario legitimador, revestido de apariencia académica, con el que proporcionar un hilo conductor en torno al que aglutinar un conjunto de prácticas empresariales surgidas a finales de la primera década de este milenio, al calor de los efectos socialmente devastadores de la Gran Recesión. En un contexto caracterizado por la caída del empleo y la actividad económica, la obra de Botsman y Rogers pretendía aportar un halo de glamour, a través de asociar aspectos como sostenibilidad y responsabilidad social, al conjunto de prácticas económicas encuadradas en la idea del consumo colaborativo. Un discurso que, en realidad, servía para maquillar una propuesta que esencialmente consistía en sustituir soterradamente el empleo formal por sistemas de pagos a cambio de tareas profundamente precarizantes, o el alquiler de bienes como alternativa para obtener recursos que venían a complementar unos salarios menguantes. Si el contexto social propiciaba el surgimiento de este tipo de alternativas a los sistemas tradicionales de economía formal, el aumento y la expansión del uso de internet y los teléfonos conectados a la red proporcionaban la infraestructura tecnológica que favorecía la presencia de compañías actuando como intermediarias ineludibles para estos nuevos procedimientos de intercambios (de Rivera, 2021; Riesgo, 2022; Schor y Vallas, 2021).

Junto a unas condiciones materiales propicias, quienes sobredimensionaban las ventajas derivadas de la idea del *sharing economy*, desplegaban una retórica discursiva que incidía en la supuesta promoción de valores comunitarios, que cabía esperar se disparasen tras el aumento de este tipo de transacciones. Así, por poner tan solo uno ejemplo, encontramos en la obra de Sundararajan (2016), *The sharing economy: The end of employment and the rise of crowd-based capitalism*, una defensa acérrima de la capacidad de este tipo de sistemas de intercambios para fortalecer los lazos sociales, fomentar la confianza entre iguales y promover la elaboración de un capital social producido a partir de la reputación acumulada por cada individuo obtenido como resultado de las valoraciones de los demás usuarios de estas interacciones con fines comerciales. En esta formulación y en otras cercanas, había una conexión con la tradición de la sociología y la ciencia política norteamericana de finales del milenio, cuyo máximo exponente podemos considerar a Robert Putnam y su *Bowling Alone* (2000), donde se pone de manifiesto una preocupación por el descenso de la confianza interpersonal y el capital social característico de las sociedades del capitalismo maduro, fenómeno especialmente acusado en el ámbito anglosajón.

Empleando una mirada crítica, mi propuesta de aproximación original formalizada en ese documento antes mencionado, partía de la hipótesis de que estos mecanismos de reputación virtual escondían desde su misma concepción tipos de procedimientos de control muy semejantes a aquellos que ya Deleuze (2006) anticipó en su *Post-scriptum sobre las sociedades de control*. En aquel breve texto, publicado originalmente a principios de los años 90, el filósofo francés nos advertía de que la posición central ocupada en nuestras sociedades por la tecnología aplicada a la vigilancia debía interpretarse como un signo de la llegada de un nuevo tipo de sociedad, caracterizada por el hecho de que el control venía a convertirse en el eje organizador central de las relaciones sociales y el principio esencial sobre el que giraba el nuevo arte de gobernar.

Para testar esta hipótesis, y tratar de comprobar hasta qué punto las personas que participaban en estos sistemas de intercambio habían asumido e incorporado a su propia práctica los principios discursivos del consumo colaborativo o, por el contrario, apenas se agarraban a estos procedimientos empujados por

¹ La definición precisa sobre el concepto de *sharing economy*, o su contraparte consumo colaborativo, es un tema de cierta complejidad, por razones de espacio no se puede abordar aquí con el rigor necesario. En este sentido, para profundizar sobre ello, resultan fundamentales los trabajos de de Rivera (2021) y Gil (2018).

la necesidad, o por el deseo de seguir manteniendo unos determinados niveles de consumo, se proponía focalizar la investigación en los usuarios de dos de las principales compañías representativas del sector. Por un lado la plataforma de origen francés Blablacar, por otro la firma comercial Uber.

Ambas compañías, inicialmente, lanzaron sus operaciones de intermediación en el sector del transporte prestado por particulares. En su modelo de negocio la oferta y demanda de estos servicios estaba organizada y gestionada a través de páginas web en las que los usuarios debían registrarse y a través de las cuales se gestionaban oferta y demanda. Tanto la compañía europea como la norteamericana pretendían ser incluidas en esa ola innovadora de lo colaborativo, si bien con suficientes diferencias entre sí como para que la investigación pudiera crecer a partir de explotar esas mismas diferencias. Las dos firmas contaban además con la ventaja, a efectos analíticos, de poder considerar que estaban situadas en polos opuestos dentro del rango de posibilidades admitido en el amplio cajón de sastre que suponía el fenómeno de la economía colaborativa. Mientras Blablacar, por un lado, parecía representar el tipo ideal de lo colaborativo en el diseño de su modelo, Uber ya entonces se encontraba en el ojo del huracán, siendo actor principal de numerosas polémicas sobre multitud de aspectos incorporados a su modelo.

El planteamiento metodológico de esta primera aproximación era, en apariencia, muy sencillo. Se trataba inicialmente de observar su funcionamiento con detenimiento, por medio de procedimientos de inmersión prolongada en las interfaces de usuario de cada una de las dos plataformas, tal y como se propone desde las metodologías de lo que podemos denominar etnografía virtual (Hine, 2004). Posteriormente, tras descomponer y analizar sus lógicas procedimentales a nivel interno, la siguiente fase del trabajo de campo consistiría en tratar de contactar con una proporción significativa de sus participantes para poder realizar entrevistas que permitieran comprobar la validez de las hipótesis de investigación. Las entrevistas se debían conducir con una baja directividad, induciendo la conversación a través de ir introduciendo cuestiones genéricas, aspectos como frecuencia y motivaciones de uso, experiencias como usuarios/as y otros detalles que fuesen surgiendo en el transcurso de las propias entrevistas para, finalmente, acabar centrando las conversaciones en aspectos relacionados con la utilidad y legitimidad otorgada por los participantes a los procedimientos virtuales de reputación. Es decir, la cuestión consistía en tratar de esclarecer hasta qué punto es posible afirmar que este tipo de sistemas de intercambios posibilitan el establecimiento de poderosas redes sociales de confianza articuladas gracias a la generalización del uso de sistemas virtuales de reputación o, si, por el contrario, la sensación que subyacía se aproximaba más a la reflejada en la idea de control propuesta por Deleuze.

3. El trabajo de campo y la realidad de referencia como entidad irreductible ante la planificación

Aunque previamente se menciona expresamente el término hipótesis, es necesario dejar claro que en este caso esta idea conceptual debe ser interpretada en un sentido blando, si se me permite la expresión. Esto es, la hipótesis en este planteamiento de investigación debe entenderse más bien como un punto de partida a partir del cual tratar de gobernar las distintas fases por las que ha de atravesar la investigación. Vista así, su utilidad consiste principalmente en proporcionar algún tipo de orientación previa que permita identificar aquellos aspectos específicos del objeto de investigación sobre los que centrar la mirada. Al final hacer investigación social implica decidir permanentemente diferenciando entre aquello que se considera esencial y aquello que es tan solo periférico, que únicamente proporciona información complementaria para comprender el contexto en el que se desenvuelven los agentes que van a ser observados, pero se aleja del objeto central sobre el que se desarrolla la propia investigación. Por ello, la idea de hipótesis debe en este caso ser reinterpretada a la luz de cumplir con el objetivo de mantener una determinada disposición que cabe encuadrar en lo que Conde (2010: 19) denomina una “epistemología abierta”. Esto implica aceptar y estar dispuesto a asumir que “las preguntas formuladas evolucionan y la problemática se desplaza conforme progresa la investigación” (Olivier de Sardan, 2018: 55).

El hecho de incorporar este tipo de presupuestos epistemológicos y metodológicos supone establecer un cierto paralelismo entre la investigación social de tipo inductiva y la actitud propia del viajero que tan solo tiene como objetivo la exploración. Esto tampoco debe suponer idealizar la situación de investigación, al final siempre existe la presión de alcanzar unos objetivos y para ello, a su vez, se vive condicionado por la tensión procedente de ser capaz de calibrar la apertura correcta del dispositivo de observación, una tensión que se mueve entre el riesgo de actuar como un idiota, en el sentido aristotélico, respecto al contexto social en el que se desenvuelven los sujetos de investigación y el punto opuesto, no estar en condiciones de hacer que la pesquisa avance, quedando paralizada ante un torrente de información que proporciona un dispositivo de observación excesivamente abierto y sensible. Volviendo a la metáfora del viaje, serviría para ilustrar esta situación el dilema entre continuar con el propio trayecto o quedarse definitivamente empantanado tomando notas en el primer destino interesante que se encuentra en el propio viaje.

Sin embargo, uno de los efectos positivos del desarrollo del trabajo de campo centrado en la aproximación a un espacio social sobre el que hay pocas referencias previas, es que provoca que una buena parte de estos dilemas formulados en el plano teórico queden en un segundo plano. Aunque uno intenta estar muy bien armado teórica y epistemológicamente antes de llevar a cabo la recopilación de material empírico, a menudo son los propios resultados preliminares los que vienen a reorganizar todo el cuadro de planificación y supuestos a priori con los que se intenta pertrechar. Esto resultó especialmente sorprendente, pudiéndose considerar como uno de los aprendizajes más útiles que resultan de esa primera investigación de cierta enjundia de la cual uno se hace plenamente responsable, como es el caso de aquella que debe dar sentido a la propia tesis doctoral. Aún recuerdo la insistencia de mi director en que hiciera entrevistas, casi desde el

principio, y las dudas que me provocaba su insistencia al todavía no considerarme suficientemente preparado para ser capaz de formular las preguntas correctas.

Centrándome de nuevo en el proceso de construcción del objeto de investigación, a través de los primeros resultados preliminares de las observaciones iniciales se podía ya establecer algunas conclusiones relevantes respecto al enfoque inicial. En primer lugar, es necesario señalar una distinción fundamental entre las dos compañías que constituían el eje de la investigación. Mientras que la plataforma Blablacar parecía concebida para fomentar un tipo de sociabilidad altamente instrumental y pragmática, el diseño de la interfaz de Uber se asemejaba al de una empresa orientada a la prestación de servicios.

Así, en el espacio virtual proporcionado por Blablacar es posible, o al menos entonces lo era, interactuar con las personas que ofrecen sus servicios, comprobar su historial de viajes y las valoraciones y comentarios que otros usuarios han realizado de esos viajes. Incluso en ocasiones se llegaban a crear pequeños debates en forma de réplicas y contra réplicas en los que los interesados exponían reproches y quejas mutuas para intentar justificar detalles como ser impuntual, conducir demasiado rápido o ser poco cordial, por poner tan solo algunos ejemplos. Es cierto que se puede afirmar que el diseño de la interfaz de usuario permite que se fomente una cierta sociabilidad, pero muy específicamente centrada en cuidar de la propia reputación virtual, pues esta no deja de ser un activo que se debe cultivar de cara a poder incrementar la optimización del recurso en liza, esto es, tratar de llevar al mayor número de viajeros posibles en cada desplazamiento y cobrar el precio más alto que el simulacro de mercado creado en el seno de la plataforma permite. Esto es, tanto el diseño del entorno virtual, como la propia disposición de los agentes sociales que participan en él, despliegan un tipo de comportamiento característico del preferidor racional, tan solo orientado a fines instrumentales. Esto, además, se hacía patente en las primeras entrevistas que pude realizar tras esas observaciones iniciales.

Sin embargo, en el caso de los resultados preliminares obtenidos de la observación de Uber, las primeras impresiones fueron a la vez desconcertantes y estimulantes. Como digo previamente, tanto en la web de Uber como en su aplicación resulta completamente imposible establecer contacto con nadie, salvo en el momento en que se contrata un viaje, cuando la aplicación envía el vehículo y conductor que el algoritmo considera, sin ninguna posibilidad de elección por parte del solicitante. La primera conclusión en este sentido parece obvia, desde el punto de vista del fomento de la sociabilidad, la confianza o la creación de capital social², la contribución de Uber en este sentido es completamente nula. Por desenfocado que pueda resultar el enfoque del consumo colaborativo para promover este tipo de valores y actitudes, parece evidente que Uber en absoluto puede ser considerado como integrante de ese pseudo movimiento social. Más bien cabe señalar que las primeras evidencias apuntaban a que estaba ante algo completamente diferente, constatación que tuvo la consecuencia de despertar mayor interés. Además, es necesario subrayar que surgió una dificultad añadida a la hora de profundizar en el conocimiento de esta plataforma. Invariablemente, después de contratar algún viaje en la aplicación con el fin de conseguir un acercamiento con alguno de los conductores, cuando trataba de establecer un contacto más allá, solo me encontraba con negativas, silencios y rechazos como respuesta habitual. De hecho, por esta vía fue imposible conseguir recabar ningún tipo de colaboración por parte de sus trabajadores.

En la fase de la investigación dedicada a documentarme sobre este objeto extraño y disruptor, había averiguado que Uber no consiguió estabilizar en España su oferta inicial de viajes compartidos entre particulares, denominada comercialmente Uber Pop. A causa de ello la única opción disponible en aquel momento para conducir bajo la gestión de Uber pasaba necesariamente por poseer una licencia de Vehículo de Transporte con Conductor (VTC) y estar registrado como autónomo, o bien estar contratado por alguna flota que poseyera o gestionase este tipo de autorizaciones. La información entonces disponible en este sentido era muy superficial, apenas algunas noticias de prensa económica encuadradas en lo que se denominó “la guerra del taxi”, bastante confusas en lo que respecta a explicar el régimen legal definitivo. Mis estrategias de aproximación hasta entonces habían consistido en poner algún anuncio en grupos de Facebook de conductores/as de Uber explicando los objetivos de la investigación y solicitando la colaboración voluntaria, usar la aplicación para solicitar algún viaje por Madrid tratando de iniciar conversaciones productivas con los conductores asignados por la plataforma o preguntar entre contactos personales por si alguno de ellos conocía a su vez a alguien que trabajase bajo el régimen laboral de esta aplicación. Como digo, la necesidad de recurrir a estas vías alternativas de contactación estaba motivada porque a través de la interfaz de usuario de esta plataforma es imposible contactar con ninguno de sus conductores, limitando la posible interacción a solicitar viajes a demanda.

Pero varios meses después de haberse formalizado mi contrato con la universidad, en este campo de la investigación mis resultados eran bastante descorazonadores. Cada vez parecía más evidente que, para obtener resultados satisfactorios, era necesario centrar los esfuerzos en una de las dos plataformas seleccionadas inicialmente. El secretismo de los conductores de Uber, una compañía nacida en la era digital, supuestamente caracterizada por la transparencia y el acceso a la información sin barreras, ponía de manifiesto una situación paradójica que incrementaba mi interés. La posibilidad de centrar los esfuerzos

² Debe distinguirse el enfoque del capital social propio de Bourdieu del que propone Robert Putnam en varios de sus trabajos. En el caso que nos ocupa, este capital social a lo Putnam implica la creación de redes, normas y confianza, destinadas a facilitar la cooperación para el sostenimiento de las comunidades (Putnam, 2000). La idea central es otorgar un rol central a la confianza entre iguales como elemento en torno al cual se articulan las comunidades de intereses. El enfoque gozó de cierto prestigio al final del pasado siglo en la ciencia política y la sociología, aunque contase con innumerables problemas que hicieron que pasase a un segundo plano (Urteaga, 2013), hasta ser revitalizado con la idea de la economía colaborativa.

en esta dirección pasaba necesariamente por conseguir obtener la colaboración por parte de sus conductores, sin ella iba a ser muy complicado realizar el tipo de investigación planteada. Había tropezado con un muro de silencio que a la vez era obstáculo y estímulo, pero que resultaba imprescindible romper si quería hacer avanzar el trabajo de campo.

Cuando ya casi comenzaba a desesperarme tuve un golpe de suerte que supuso un pequeño empujón ilusionante. Un día, comentando con un conocido ajeno a la universidad el bloqueo que estaba atravesando, él me habló a su vez de una amiga que había estado durante un tiempo trabajando para Cabify, pero que ya había cambiado de actividad. Cabify es una plataforma española que casi se puede considerar una réplica a pequeña escala de Uber. En lo que respecta al tipo de actividad y la manera de organizarla es completamente similar. Entre las diferencias esenciales apenas se puede encontrar el menor músculo financiero y una imagen menos agresiva en sus campañas de comunicación. Pero las semejanzas en lo relativo a su modelo de funcionamiento hacían que esta entrevista bien pudiera considerarse una buena manera de empezar. De hecho, Cabify era una de las firmas más destacadas de las que integraban un lobby creado en el año 2014, *Sharing España*, cuyo objetivo era promover una legislación favorable a lo que ellas mismas denominaban consumo colaborativo (Cinco Días). A falta del original, solo quedaba la opción de empezar por un sucedáneo.

El 17 de octubre de 2019 fue la fecha fijada para poder llevar a cabo la primera de mis entrevistas en el sector del trabajo de plataforma, aunque entonces todavía no lo denominaba así. La elección del lugar había sido llevada a cabo siguiendo las instrucciones de los manuales al uso, buscando la comodidad de la persona entrevistada con el objetivo de propiciar el desarrollo de una conversación fluida y sin interrupciones, sin demasiado ruido de fondo que enturbiara la grabación. Finalmente el encuentro tuvo lugar en su propio domicilio, situado en el barrio de Villaverde Bajo, un distrito periférico de Madrid, históricamente habitado principalmente por personas de clase obrera y actualmente caracterizado por una elevada presencia de migrantes de esa misma posición social. Este tipo de origen de clase iba a ser uno de los denominadores comunes de la mayoría de las entrevistas que se fueron realizando con posterioridad, constituyéndose en un rasgo característico de este tipo de trabajadoras y trabajadores.

En aquellos momentos estaba comenzando lo que Bertaux (2005: 58) denomina “la apertura del trabajo de campo”, una tarea destinada a cumplir dos funciones complementarias, tanto hacia dentro como hacia fuera del proceso de investigación. Por un lado, *hacia dentro*, proporciona los primeros resultados materiales para la investigación. Permite generar un proceso de conocimiento y familiarización con los términos y las problemáticas que preocupan a quienes habitan este espacio social. Aunque podríamos considerar que todas las entrevistas posteriores cumplieron en distinto grado algunas de las tres utilidades señaladas por Bertaux: exploratoria, analítica y expresiva, esta primera entrevista fue especialmente reveladora. El resultado de esta conversación tuvo como consecuencia inmediata un cuestionamiento profundo de los presupuestos iniciales en que se basaba la propia investigación. Esto representaba un primer movimiento en el que “las preguntas formuladas evolucionan y la problemática se desplaza (...), el investigador sigue pistas en vez de limitarse a una búsqueda de confirmaciones” (Olivier de Sardan, 2018: 55).

Simultáneamente, la otra dirección a la que apunta la fase de apertura del trabajo de campo implica la contribución a construir la propia identidad como investigador (Bertaux, 2005: 58). Una identidad que ha de operar como credencial para poder presentarse ante las personas que habitan ese campo, permitiendo trasladar una imagen de cierta competencia. Lógicamente, conocer las problemáticas y preocupaciones de las personas que son el objetivo de la investigación pasa necesariamente por lograr establecer relaciones de confianza, además de escuchar diferentes perspectivas respecto al fenómeno investigado. Solo tras recabar una variedad de experiencias es posible dibujar un retrato aproximado de la situación, contribuyendo así a lograr despertar la complicidad (Ortí, 1986: 197) de las personas entrevistadas. A partir de ahí es posible entreabrir la puerta de acceso a ese mundo hasta entonces desconocido, en este caso, además, protegido por cierto secretismo.

Junto a la predisposición para desarrollar las entrevistas de una manera empática, sincera, pero encaminada a tratar de obtener de la persona entrevistada un simulacro de confesión (Alonso, 1998: 85), además de la actitud de escucha, es crucial para facilitar la situación comunicativa trasladar al interlocutor un cierto nivel de conocimiento de la temática abordada. En ciertos asuntos, como es el caso que nos ocupa, este conocimiento no se puede alcanzar exclusivamente documentándose en la biblioteca o el despacho. Lograr acreditar una identidad como investigador es el resultado de la experiencia directa en la interacción con los sujetos protagonistas de la investigación. De este modo, la interacción se convierte en una pieza clave y opera de manera incremental, estando condicionada por un conjunto de factores que confluyen en cada situación de entrevista, un espacio en el que se da un juego de negociación y armonización constante de los distintos intereses y objetivos procedentes de cada interlocutor. En aquel momento, en la que era mi primera entrevista, mi conocimiento sobre el tema era aún muy superficial. Mi interlocutora actuó como un elemento fundamental para mis objetivos, facilitándome en gran medida las cosas al acceder a mostrarme aspectos esenciales que iban a servir para reorientar la investigación.

Reflexionando sobre esto, con el paso del tiempo he llegado a la consideración de que a esto contribuyó en cierta medida una especie de mutuo reconocimiento de clase que se estableció entre mi informante y yo mismo, algo que también sobrevolaba en la mayoría de las siguientes situaciones de entrevista que vinieron a completar la investigación. Aunque mi presencia ante las personas que iban accediendo a colaborar con la investigación era en calidad de representante sui generis de la academia, mi propio origen de clase se evidenciaba aunque lo hubiese intentado camuflar. De este modo se establecía una especie

de mutuo reconocimiento desde posiciones diferentes, yo jugaba inconscientemente con esa dualidad resultado de mi clase de origen y de mi posición como representante del mundo de la universidad.

Además, a este mutuo reconocimiento contribuyó el intento por mi parte de concebir un dispositivo de investigación lo más alejado posible de la dominación (Ibáñez, 1986: 50). Esto, de manera práctica, consistía en tratar de alejar lo más posible esta entrevista de la lógica estímulo respuesta propia de la encuesta estadística (Alonso, 1998: 85), para acercarla a una "situación natural" (Olivier de Sardan, 2018: 26). Gracias a la apertura del dispositivo fue posible comprobar cómo las preocupaciones de mi primera entrevistada se centraban, principalmente, en la situación provocada por unas condiciones laborales especialmente precarizantes, intensivas y exigentes. Sin entrar aquí a detallar esta cuestión, sirva como muestra que esta persona había llegado a estar conduciendo por Madrid hasta doce días consecutivos, una media de doce horas por día, sin apenas descansar. Para ella la tecnología era un elemento secundario, que podía añadir estrés, pero el foco de su preocupación tenía su origen en la configuración del modelo de relaciones laborales en que se basaba todo el sistema en el que desarrollaba su actividad.

Estos primeros hallazgos evidenciaban profundas divergencias entre el modelo de trabajo de plataforma en el sector de los viajes bajo demanda implantado en España y lo mostrado en otras investigaciones situadas en diferentes contextos geográficos. También alejaban por completo el enfoque teórico de todo lo relativo a la economía colaborativa y sus discursos promocionales. Se hacía inevitable, tras esta primera entrevista, revisar a fondo los presupuestos de partida. En la aproximación inicial el objetivo central giraba en torno a la posible influencia sobre el curso de la acción de estos trabajadores ejercido por los mecanismos de reputación virtual. Bajo ese supuesto los agentes activos de la posible vigilancia, y sus principales beneficiarios, eran los clientes a través de sus valoraciones. También incidía en cuestiones relativas a la capacidad de control que la plataforma ejercía a través la "gestión algorítmica" (Kellogg et al., 2020; Lee, et al., 2015; Rosenblat, 2018). Pero en la primera entrevista se ponía de manifiesto la importancia de otros detalles, desplazando del primer plano el protagonismo del rol jugado por los clientes y sus valoraciones.

4. De cómo se completó el giro temático definitivo a mi investigación

Los resultados de esta primera entrevista supusieron un giro copernicano al enfoque teórico de la investigación, así como al propio planteamiento pragmático de la misma. El enfoque del *sharing economy* perdía por completo relevancia y poder explicativo a la hora de tratar de entender la situación de estos trabajadores y trabajadoras. Parecía claro que estábamos ante un nuevo intento de establecer modelos de relaciones laborales regidos por la precariedad y la intensificación al máximo, hasta casi rozar la extenuación, de los ritmos impuestos sobre la jornada laboral. La novedad procedía del uso de la tecnología digital como herramienta empleada para dificultar y ofuscar en la medida de lo posible las características principales de este nuevo modelo de relaciones laborales. Para poder conceptualizar este objeto de manera mucho más precisa y conseguir mejores explicaciones de la situación ya se podrían encontrar los primeros enfoques teóricos, si bien aun insuficientemente desarrollados, en un espacio de nueva creación como resultado de la confluencia de la importancia concebida al control en el proceso de trabajo, propio de la teoría del proceso de trabajo, y la caracterización sobre la influencia de ciertos desarrollos tecnológicos en la reconfiguración de numerosos aspectos relativos al orden social propia de lo que se venía denominado capitalismo de plataformas (Srnicek, 2018).

Pero antes de entrar en el detalle de la explicación del giro teórico que se impuso sobre la investigación de la tesis doctoral como resultado de las primeras entrevistas, es necesario cerrar el relato acerca del curso del trabajo de campo y la producción del material empírico. En este sentido, se puede argumentar a posteriori que una combinación de circunstancias exógenas a la propia investigación, junto al creciente interés que despertaba en mí la situación de estos nuevos jornaleros del volante regidos por aplicación, terminaron por decantar el tema central de la investigación, así como obligaban a enfocar los propios esfuerzos hacia el objetivo de profundizar en el esclarecimiento desde las herramientas de la sociología de la situación de los trabajadores de Uber y Cabify, profundamente similares a efectos analíticos.

La primera circunstancia exógena que supuso un shock, no solo sobre el desarrollo del trabajo de campo, fue la epidemia mundial de COVID-19 y el confinamiento general decretado tras la declaración oficial del Estado de Alarma en marzo de 2020. Como era de esperar, esto supuso la paralización de toda la actividad en el seno de la plataforma Blablacar. Al derrumbe abrupto de los desplazamientos por carretera se sumaba el hecho de que la norma dominante acerca del contacto con desconocidos provocaba que los pocos viajes que entonces se pudieran realizar en base al catálogo de excepciones contempladas se llevaban a cabo en la más estricta intimidad.

En paralelo a esta paralización total de la actividad en el seno de la plataforma Blablacar, una parte importante de los conductores de las plataformas Uber y Cabify fueron enviados a sus casas cobrando sueldos exiguos, al acogerse las compañías que los contrataban a los beneficios proporcionados por los programas de ERTES masivos contemplados en el programa de inversión pública asumida por el gobierno en aquella situación. Esto tuvo un doble efecto de cara a mi trabajo de campo, por un lado la actividad en aquellos foros de conductores alojados en plataformas como Facebook, casi mortecinos hasta la declaración del estado de alarma, se hizo entonces frenética. El tiempo libre de estos trabajadores fue aprovechado para participar en esos espacios virtuales. Pero a ello cabe sumar el otro efecto imprevisto, esta actividad online estaba en gran medida dedicada a expresar el descontento con las escasas cantidades que estaban percibiendo en la situación de ERTE en la que se encontraban y con las propias condiciones de trabajo.

Esta doble circunstancia permitió que incrementara mi interacción con una parte de estos trabajadores y trabajadoras. La combinación de su descontento y el tiempo libre para expresarlo fue la gasolina que alimentó el motor de mi propia investigación. Cuando las primeras restricciones más severas empezaron a decaer, allá por el verano de 2020, yo había conseguido forjar algunas relaciones de cierta confianza con conductores de aplicación. A partir de ellas fue posible expandir el desarrollo de mi propio trabajo de campo y el número de entrevistas realizadas. Este mismo relajamiento de las restricciones durante aquel verano también supuso que una parte de ellos volvieran a la actividad, pero el mercado de los viajes bajo demanda seguía mostrando pocos signos de recuperación, situación que se agravaba con las sucesivas revisiones de las restricciones a la movilidad y el descenso del turismo internacional, uno de los principales proveedores de clientela. Con ello, el descontento entre estos trabajadores no solo no descendió, sino que se incrementaba debido a que una parte importante de sus salarios estaba ligada a una facturación que no terminaba de recuperarse durante todo lo que quedaba de 2020 y buena parte de 2021.

Esta confluencia de situaciones contextuales vino a confirmar por la vía de los hechos el giro definitivo sobre el objeto central de mi investigación. Lo que poco a poco había ido suscitando cada vez menos interés por mi parte, el tema Blablacar, había casi desaparecido del espacio de posibilidades y entonces se podía dar por estable en muerte cerebral. Por su parte, el otro objeto sobre el que había comenzado la observación se había convertido en un tema de extraordinario interés, además de que entonces se había abierto una puerta por la que podía introducirme en un espacio social sobre el que hasta ese momento no había ningún trabajo académico realizado con profundidad en el contexto español. Era una oportunidad que había que aprovechar, pero esto a su vez hacía imprescindible el giro teórico. Poco aportaban las teorías acerca del consumo colaborativo para ayudar a comprender las implicaciones derivadas de este fenómeno emergente. Las condiciones laborales de este tipo de trabajadores se asemejan en gran medida a la de nuevos jornaleros de un sistema neotaylorista digitalizado que, en el caso español, puede ser considerado como de “falsos asalariados” (Riesgo Gómez, 2023)

5. Las virtudes del capitalismo de plataforma y la teoría del proceso laboral para entender la situación del trabajo de plataforma en compañías como Uber

El argumento central de la propuesta teórica del capitalismo de plataformas formalizada por Srnicek (2018), viene a consistir en que es posible considerar a las plataformas tecnológicas como el nuevo agente activo de mayor relevancia en la fase actual del capitalismo. Las plataformas serían el resultado de la combinación de desarrollos tecnológicos impulsados en gran medida por un ciclo de financiarización cuyo origen podemos localizar a finales del siglo pasado. Sin entrar en el detalle de toda la explicación, para el interés de lo que se trata aquí, un aspecto fundamental es la capacidad de estos nuevos agentes para capturar datos de las interacciones de usuarios llevadas a cabo en el seno de las infraestructuras sociotécnicas concebidas específicamente para tal fin. El valor de esto que Zuboff (2020) denomina “excedente conductual” es explotado inicialmente por compañías como Google con el objetivo de alcanzar una vía para la rentabilidad que les permitiera salvarse de la quema provocada por el estallido de la burbuja de las puntocom al inicio de la década del 2000.

La vía hacia la rentabilidad obtenida a través de la recopilación de estos nuevos activos que son los datos, encuentra en compañías como Google o Facebook a sus pioneros y máximos exponentes, pero la naturaleza monopolística en el seno de cada uno de los distintos sectores presentes en el capitalismo de plataformas hace que explotar los datos para gestionar publicidad personalizada como estrategia principal para obtener rentabilidad sea una vía cegada por la presencia de estos gigantes. Sin embargo, la consideración de estos datos como capital (Sadowsky, 2019) implica que su capacidad de producir valor no se agota en este segmento económico. Así, la gestión algorítmica de grandes cantidades de datos también puede servir para organizar a distancia una fuerza de trabajo, por extensa, heterogénea y dispersa que esta se pueda considerar, como sería el caso del modelo de negocio de plataformas como Uber. Es en este punto donde los enfoques y hallazgos de la teoría del proceso laboral vienen a completar la explicación. Su obsesión por el control del proceso de trabajo como punto central de la observación, sistematizada en las aportaciones de Braverman (1975), Richard Edwards (1979) o P.K. Edwards (1990), por poner solo algunos ejemplos, cobran un inesperado vigor si conceptualizamos las plataformas de trabajo como un tipo particular de lugar de trabajo (Gandini, 2019). A la luz de estos planteamientos podemos considerar a las personas que prestan estos servicios a través de aplicaciones como un nuevo tipo de proletarios precarizados producidos como resultado de la generalización de estos nuevos procedimientos de control digitalizado característicos del capitalismo de plataformas. La diferencia con los modelos de control propios de los trabajos industriales del fordismo, o de oficina más característicos del posfordismo, radica en que cada vez una parte más importante de estos procedimientos de control y gestión de la fuerza de trabajo están semi automatizados (Kellogg et al., 2020), lo que implica también un mayor nivel de ocultamiento, y pérdida a su vez de control, de las decisiones empresariales por parte de los trabajadores, pues cabe afirmar que el jefe, en cierto modo, queda desfigurado y desaparece tras las instrucciones automatizadas (Davis, 2016).

Como se puede comprobar, poco quedaba en ese momento del planteamiento inicial de la investigación centrado en esclarecer aspectos relativos a la capacidad de generar confianza social a través de la promoción del consumo colaborativo. El enfoque adecuado para explicar con profundidad la lógica implícita en el funcionamiento de mi objeto de investigación se había ido desplazando hasta terminar incluido de pleno derecho en el campo de la sociología del trabajo. Todos estos desplazamientos hasta encontrar un modelo explicativo útil y que guardara relación con los hallazgos había venido precisamente impulsado por los propios hallazgos, que

en cierto momento se convirtieron en el eje central sobre el que construir un modelo teórico. Esto, no obstante, no se puede en ningún caso considerar empirismo abstracto, sino más bien un ejercicio de adecuación conceptual realizado con el fin de encuadrar adecuadamente aquello que resulta de la observación.

6. Conclusiones

Las conclusiones que se pueden extraer de este trabajo de autoetnografía de un viaje conceptual y personal se pueden desplegar en tres planos interrelacionados.

Si vamos de lo personal a lo general, en primer lugar es necesario destacar el proceso de transformación que implica el hecho de tomar los mandos de una investigación social de tipo inductivo y con vocación exploratoria, al menos en su fase inicial. Solo de este modo es posible resolver de una manera concreta y situada muchos de los dilemas que se plantean en los manuales de metodología y técnicas de investigación que se manejan a lo largo de la carrera. Esto también implica, al menos para este tipo de investigaciones de carácter inductivo, romper con ciertos mitos acerca de la concepción de la investigación social como un proceso lineal e incremental al que hay que llegar con una aparato teórico perfectamente armado y elaborado, concepción en la que uno mismo acaba cayendo a la hora de explicar este proceso al propio alumnado. Lejos de creer en la idea ingenua de que los hechos hablan por sí solos, lo que aquí se defiende es que determinados diseños rígidos y esclerotizados de la investigación anulan por completo la posibilidad de encontrar hallazgos o evidencias que se salgan del esquema previamente marcado, convirtiendo por tanto la investigación en un mero trámite de comprobación de hipótesis sin apenas capacidad para escuchar a los sujetos que pueblan el espacio social sobre el que se centra la observación. La lógica del descubrimiento es algo que se debe potenciar, especialmente en el caso de determinados objetos poco estudiados, y a ella se llega por el camino de la escucha, el acercamiento sincero, la empatía y la comprensión de esos sujetos inmersos en el campo. Es cierto que, al menos en este caso, mi condición de clase supuso un valor, algo que bien puede ser un obstáculo a la hora de capturar discursos y prácticas de otro tipo de sujetos sociales que disponen de mayor poder o capital social. Esto es algo que hay que tener presente en todo momento.

Por otro lado, en el plano teórico, y ya para finalizar, el balance del viaje desde la noción de consumo colaborativo hasta el concepto de capitalismo de plataformas, como herramienta conceptual para mejorar la comprensión del fenómeno a estudiar, debe ser profundamente positivo. Una vez más insisto en poner en valor la flexibilidad como capacidad para adecuar los marcos teóricos a los resultados materiales de la investigación. Supongo que este es uno de los aprendizajes más destacables que se pueden extraer del desarrollo de la investigación destinada a armar una tesis doctoral, un aprendizaje para el que es también imprescindible contar con el soporte material en forma de contrato que yo pude disfrutar, así como de una dirección de la tesis profundamente respetuosa con mis propios ritmos y tiempos. Aunque en ciertos momentos sintiese que estaba solo en ello, es cierto que esa dirección poco intrusiva permite un crecimiento como investigador mucho más fructífero.

A menos de un año vista del día de defensa de mi tesis doctoral el balance del proceso de producción de una tesis, al menos por mi parte, debe ser profundamente positivo. Tanto en términos de aprendizaje como en lo referido a considerar que me encuentro en condiciones de devolver una buena parte de lo aprendido, tanto en el seno de la academia a otras generaciones de estudiantes, como a una parte importante de aquellas personas que facilitaron el crecimiento de mi investigación, conductores y conductoras con quienes sigo manteniendo contacto a los que estoy profundamente agradecido.

Referencias

- Alonso, L.E. (1998). *La mirada cualitativa en sociología*. Editorial Fundamentos.
- Becker, H. S. (2009). *Outsiders: Hacia una sociología de la desviación*. Siglo Veintiuno.
- Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida*. Ediciones Bellaterra.
- Botsman, R., y Rogers, R. (2010). *What's mine is yours: The Rise of Collaborative Consumption*. Harper Collins.
- Braverman, H. (1975) *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*. Editorial Nuestro Tiempo.
- CincoDías.(10dediciembrede2014).NaceenEspañalaprimerasociacióndeempresasdeeconomíacolaborativa. *Cinco Días*. https://cincodias.elpais.com/cincodias/2014/12/09/tecnologia/1418155615_008049.html
- Conde, F. (2010). *Análisis Sociológico del sistema de discursos*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Davis, G.F. (2016). What might replace the modern corporation? Uberization and the web page enterprise. *Seattle University Law Review*, Vol. 39 No. 2016, p. 501.
- De Rivera, J. (2021). *Crítica de la economía colaborativa: análisis del modelo y sus alternativas desde una perspectiva sociológica*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Deleuze, G. (2006) Post-scriptum sobre las sociedades de control, Polis [En línea], 13 | 2006: <http://journals.openedition.org/polis/5509>
- Edwards, R. (1979). *Contested terrain: The transformation of the workplace in the twentieth century*. Basic Books.
- Edwards, P.K. (1990). *El conflicto en el trabajo*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Gandini, A. (2019). Labour process theory and the gig economy. *Human Relations*, 72(6), 1039–1056. <https://doi.org/10.1177/0018726718790002>
- GIL, J. (2018). “¿Qué son las economías colaborativas?” *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, núm. 141, primavera, 49-62.
- Hine, C. (2004). *Etnografía Virtual*. Editorial UOC

- Ibáñez, J. (1986). Perspectivas de la investigación social: el diseño en las tres perspectivas” en: *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación* pp 49-84. Alianza Universidad.
- Kellogg, M., Valentine, M., y Christin, A. (2020). Algorithms at work: the new contested terrain of control. *ANNALS*, Vol. 14, pp. 366-410, doi:10.5465/annals.2018.0174.
- Lee, M.K., Kusbit, D., Metsky, E., y Dabbish, L. (2015), *Working with Machines: The Impact of Algorithmic and Data-Driven Management on Human Workers*, ACM Press, Seoul, pp. 1603-1612, doi: 10.1145/2702123.2702548.
- Noll H. (2019). ¡Es taylorismo, estúpido! Sobre la nueva organización científica de la investigación y la docencia en la Universidad Española. *Sociología del Trabajo*, 95, 1-18. <https://doi.org/10.5209/stra.6643>
- Olivier de Sardan, J.P. (2018). *El rigor de lo cualitativo. Las obligaciones empíricas de la interpretación socioantropológica*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Ortí, A. (1986) La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta y la discusión de grupo. En *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, pp 171-204. Alianza Universidad.
- Putnam, R. D. (2000). *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. Simon & Schuster.
- Riesgo Gómez, V. (2022). Discurso y trabajo de la economía colaborativa. El caso de Blablacar. *Empiria. Revista De metodología De Ciencias Sociales*, (54), 43–63. <https://doi.org/10.5944/empiria.54.2022.33735>
- Riesgo Gómez, V. (2023). Entre el control y el consentimiento. De Braverman a Burawoy en el capitalismo de plataforma. Trabajar para Uber en España. *Revista Española De Sociología*, 32(3), a175. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2023.175>
- Rosenblat, A. (2018). *Uberland: How Algorithms Are Rewriting the Rules of Work*. University of California Press.
- Sadowski, J. (2019). When data is capital: Datafication, accumulation, and extraction. *Big Data & Society*, 6(1). <https://doi.org/10.1177/2053951718820549>
- Schor, J., Y Vallas, S. (2021). The Sharing Economy: rhetoric and reality. *Annual Review of Sociology*. Vol. 47: 369-389. <https://doi.org/10.1146/annurevsoc082620-031411>
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Caja Negra Editorial.
- Sztompka, P. (2012). *Sociología del cambio social*. Alianza Universidad.
- Urteaga, E. (2013). La teoría del capital social de Robert Putnam: Originalidad y carencias. *Reflexión Política*, 15(29), 44–60. Recuperado a partir de <https://revistas.unab.edu.co/index.php/reflexion/article/view/4704>
- Zuboff, S. (2020) *La era del capitalismo de la vigilancia*. Paidós.